

## EL ESPIRITU SANTO COMO ORIGEN E IMPULSO DE LA ESPERANZA CRISTIANA

*Felicitísimo Martínez Díez, O.P.*

El título conjuga dos términos: el Espíritu y la esperanza. Pero el punto de interés está, sin duda, en la esperanza. La sentimos hoy como una necesidad urgente, como una virtud -humana y teologal- que se nos ha vuelto imprescindible para seguir caminando. ¿De dónde nos vendrá la esperanza en este momento de nuestra historia?

Volvemos nuestra mirada al Espíritu a causa de la esperanza o a causa de nuestra falta de esperanza. Porque la esperanza se nos acaba, porque se nos ha debilitado, o porque se nos ha vuelto problemática en la sociedad y en la misma comunidad cristiana: Lo problemático no es el Espíritu, aunque todos somos conscientes de que es un misterio de fe que trasciende nuestra capacidad de comprensión e incluso los controles de nuestra experiencia. Lo problemático es la esperanza. Ya no se trata sólo de un problema de comprensión, sino de un problema de vida o de supervivencia.

Es verdad que la Iglesia siempre ha vuelto su mirada al Espíritu, que es “Señor y dador de Vida”. En este sentido, todos los años de la humanidad y de la Iglesia son los años del Espíritu. ¿Qué sería de la historia humana y cristiana si les faltara el Espíritu? ¿Qué mensaje podría ofrecer la Iglesia a la humanidad si se olvidara del Espíritu? Pero también es verdad que la comunidad cristiana no siempre ha sido suficientemente consciente de este puesto central y de esta presencia activa del Espíritu en la historia de la humanidad y de la Iglesia. La tradición teológica occidental ha centrado su atención, sobre todo, en la Encarnación del Verbo, y ha prestado menos atención al Espíritu y su misión. Por eso se ha llegado a decir que el Espíritu es “un desconocido” entre nosotros. En este sentido, hay que agradecer a la teología postconciliar que haya redescubierto a ese desconocido. Y en este sentido se puede entender que la Iglesia dedique este año al Espíritu Santo. Puede ser una ocasión importante

para tomar conciencia del puesto central del Espíritu en la experiencia y en la vida cristiana.

Y puede ser una ocasión importante para renovar y avivar la esperanza cristiana. La necesidad es grande. La fe cristiana afirma sin vacilaciones que el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, es Señor y Dador de vida, origen e impulso de la esperanza cristiana. Esta confesión de fe es el punto de partida de las siguientes reflexiones.

## **1.- Algunas observaciones sobre la esperanza cristiana**

Aún mantenemos la esperanza, porque es lo último que se pierde. La vida es un valor primario, y por eso es irrenunciable. Renunciar a la vida o violentarla va contra nuestra naturaleza más primigenia. El instinto de supervivencia es un instinto que atraviesa todos los estratos de nuestro ser: el biológico, el fisiológico, el psíquico, el espiritual... El ser humano está tan pegado a la vida, que, aún en las situaciones más desesperadas, se niega a abandonar la esperanza o a que la esperanza le abandone. Quizá por eso, pase lo que pase, o cualquiera sea la situación por la que tenemos que atravesar, la esperanza es lo último que perdemos. Nos aferramos a ella como a un ancla de salvación. Aún más, es precisamente en esas situaciones desesperadas cuando más necesitamos la esperanza.

Y las situaciones por las que hoy atraviesa la humanidad y la Iglesia son situaciones de esa guisa. Tienen algo o un mucho de desesperanza, o, al menos, de esperanza debilitada y enfermiza. ¿Cuáles son las razones de esta debilidad o enfermedad de la esperanza humana y cristiana?

Hay razones personales, de las que grandes masas son testigos o víctimas sangrantes. A muchas personas les faltan las seguridades más elementales, porque carecen de los bienes más imprescindibles que permiten cubrir las necesidades primarias. Les falta el pan de cada día, el vestido, la casa, la asistencia sanitaria, la escuela... ¿Dónde buscarán seguridad? ¿Qué esperanza les queda? ¿Qué pueden esperar del futuro? Que tantas personas de nuestros pueblos se mantengan firmes en la esperanza o que se aferren a la esperanza cristiana es un verdadero milagro.

A muchas personas les faltan esas seguridades existenciales a las que todos y todas nos aferramos. Pueden perder el trabajo, porque es un bien cada vez más escaso, del que dependen las seguridades materiales más elementales. Pueden perder la salud, porque nadie la tiene asegurada y menos en sociedades caracterizadas por el colapso de los servicios de salud. Pueden perder el amor

y el cariño, porque los grupos primarios están en menguante, el individualismo en creciente y la violencia social nos agrede constantemente. Y cuando se pierde la salud, el dinero y el amor, ya nadie sabe cuál puede ser su futuro.

Añádase a estas condiciones personales otras muchas que debilitan y minan la esperanza. El debilitamiento de los valores y las tradiciones que en otro tiempo proporcionaban un mundo de sentido, nos arroja en el sinsentido y en el caos o despiste existencial. El pluralismo ideológico y el relativismo moral inducen en casi todas las personas una sensación de inseguridad y de amenaza. Es la sensación de no hacer pie. La velocidad del cambio, a pesar de que todo parece seguir igual, nos introduce en una especie de vértigo, el vértigo de la velocidad. Ya no se trata sólo de algunos peligros ocasionales o puntuales en el camino; se trata de una sensación permanente de riesgo generalizado. La cultura y la sociedad llamadas ;modernas! nos venden el slogan de que “todo es posible”, pero nosotros constatamos cada vez con más fuerza la experiencia de que “nada es seguro”. El resultado es esa sensación desagradable que hemos llamado “estress” o la amenaza de la depresión. Lo que parecía una enfermedad de primer mundo o de clases acomodadas comienza a expandirse por otros mundos y otras clases sociales.

Los lugares de refugio o de defensa frente a esas amenazas también se nos van desmoronando, llámense grupos primarios o microcomunidades humanas. La pareja hombre-mujer se hace cada vez más insegura e inestable. La familia, grupo verdaderamente primario, o no consigue estabilizarse o se desestabiliza cada vez más. Tenemos que aceptar honestamente la crisis familiar y sus consecuencias para las personas. Otros grupos primarios de amistad, de vecindario, de hobbies o aficiones compartidas... también están sufriendo los embates del individualismo y de la atmósfera social y cultural adversa. El debilitamiento de esos grupos primarios acrecienta la soledad en sus miembros y somete a dura prueba el sentido y el gusto por la vida, el sabor de la esperanza.

Décadas atrás todavía éramos capaces de alimentar nuestra esperanza con grandes utopías de liberación. Pero también estas han venido a menos, han perdido crédito ante las grandes masas. No han desaparecido la pobreza severa, ni la marginalidad masiva. Ni se han eliminado las desigualdades sociales ni la clamorosa injusticia estructural. No se ha acabado con la violencia institucionalizada y, por consiguiente, tampoco han desaparecido las demás violencias, incluida la delincuencia común. El ideal de la liberación se nos ha escapado de las manos cuando nos parecía que estaba ya a nuestro alcance. Y el neoliberalismo se presenta triunfalmente como el único camino para la

esperanza, especialmente después de la caída del muro de Berlín. Pregunta con cinismo e ironía: ¿Dónde está vuestro Dios, el Dios de la liberación? ¿Qué ha sido de vuestros proyectos liberadores? Aunque sabemos que el neoliberalismo no nos ofrece un futuro prometedor, no deja de alimentar falsas esperanzas que cada vez desembocan en frustraciones más severas.

Ante esta situación, ¿tendremos que resignarnos a tanta desesperanza? ¿No queda ya camino para la esperanza? ¿Deberemos apuntarnos fatalmente a una especie de pesimismo apocalíptico? ¿Quedan aún espacios para la esperanza humana y cristiana en medio de esta realidad cruda y dura?

No sería prudente acudir demasiado deprisa a la acción milagrosa del Espíritu. Porque el Espíritu del Señor también cuenta con nuestra colaboración, con los recursos de esta humanidad que es creación de Dios y obra de su Espíritu.

Por eso, quizá como un primer paso en la ejercitación de la esperanza debemos ejercitarnos en el optimismo antropológico. Para que el optimismo teológico no se traduzca en fuga, escapismo o alienación. Para que la confianza en el Espíritu como origen e impulso de la esperanza cristiana no se alimente de una sospecha sistemática respecto a la maldad de la naturaleza y la historia humana, como sucede en algunos movimientos eclesiales más recientes.

El optimismo antropológico debe ser realista, y reconocer con lealtad lo que hay de negativo en el ser humano y en la historia. Pero ni todo en el mundo y en la humanidad es negativo, ni la situación actual es la última posibilidad de la historia humana. Si sólo miramos los puntos negros de la sociedad y de la historia, corremos el riesgo de que se oscurezcan nuestros ojos y de terminar en la ceguera. Descubrir los aspectos luminosos de la realidad y los abundantes signos de vida que nos rodean es una forma de avivar la esperanza.

La mayoría de las personas están más próximas a la bondad, a la justicia, a la verdad, a la honestidad, a la solidaridad... que a los extremos contrarios. El crecimiento de los voluntariados, de las organizaciones no gubernamentales en favor de la paz, la justicia, los derechos humanos, la solidaridad con los marginados y las minorías étnicas, el feminismo, la ecología... es motivo de esperanza. Es falso que nuestro mundo está poblado sólo por delincuentes y corruptos, terroristas e injustos, belicosos y violentos.

La gracia no debe agrandarse a fuerza de negar la bondad de esta creación y la densidad liberadora de esta historia. Si la esperanza cristiana ha de caminar a la contra de las esperanzas humanas, terminará por desacreditarse a sí misma. La humanidad ha tenido siempre recursos para superar situaciones más

dramáticas que la afectan. La realidad tiene en su seno promedios y hondas que las que aparecen en los hechos brutos de la superficie.

La comunidad cristiana tiene aquí una palabra nueva que decir a esta humanidad. Es la palabra del optimismo teológico, que se basa en su fe en la creación -"Y vio Dios que todo era bueno"- y en su fe en la obra redentora de Cristo -esta creación, herida por el pecado, ha sido redimida, recreada en Jesucristo-. Un optimismo es sano cuando, sin ignorar lo que en la realidad hay de negativo y de pecado, sabe ver también lo que en ella hay de positivo. Y un optimismo es teológico cuando está inspirado por la fe, cuando parte de dos supuestos teológicos básicos para la fe cristiana: esta creación es fundamentalmente buena; la nuestra es una historia de salvación y liberación. Esta es la base de la esperanza cristiana, especialmente necesaria en tiempos de crisis. Y ésta es también la esperanza que la comunidad cristiana debe ofrecer al pueblo en este momento crítico de su historia: el presente tiene sentido y el futuro está abierto. Hoy más que nunca estamos obligados a dar razón de nuestra esperanza (1 Pe 3, 15).

Muchas falsificaciones se han acumulado sobre la esperanza cristiana a lo largo de los dos mil años de cristianismo. Unas veces se la asoció con la salvación espiritual, y así dejó a la deriva a todas las expectativas y aspiraciones legítimas y humanas relacionadas con el cuerpo, con la vida cotidiana, con la historia. Como si estas aspiraciones no debieran ser alimentadas por la fe cristiana y animadas por la esperanza y la caridad. Así surgió una falsa interpretación de la "fuga mundi" como ideal de perfección o del seguimiento de Jesús, ideal infectado con frecuencia de cierto dualismo maniqueo. Así se han legitimado muchos padecimientos e inhumanidades, apelando a una falsa paciencia. La verdadera esperanza cristiana es activa y militante, encarnada y comprometida. No huye, no escapa, no ignora el conflicto.

Otras veces se asoció la esperanza cristiana con la salvación en el más allá, con la vida eterna. Y así dio lugar de nuevo al escapismo, a la alienación, a la espera pasiva e irresponsable, a la fuga de todo compromiso con la humanización y las liberaciones históricas. Y por eso se demonizó la economía, la política, la cultura..., todo lo que implica encarnación en el mundo presente y compromiso con la historia presente. La mayor parte de las críticas a la religión cristiana y a la Iglesia apuntan en esta dirección.

Después de todas las teologías que han seguido a la teología de las realidades terrenas han quedado claras algunas características esenciales de la esperanza cristiana: la verdadera esperanza cristiana se refiere a todas las

aspiraciones legítimas del ser humano; es una espera activa, militante y comprometida; espera la consumación del Reino de Dios como obra de Dios al final de la historia, pero afirma también la presencia de ese Reino como don y responsabilidad en la historia presente; es una esperanza que se fundamenta en la fe, no en las garantías humanas. Cuando abundan las garantías humanas no hay lugar ni hacen falta la fe ni la esperanza. Por eso es una esperanza capaz de resistir en el conflicto y en la prueba, en las situaciones límite, cuando escasean los signos y las garantías de futuro. Es una esperanza especialmente necesaria en nuestro momento histórico.

Esta es la esperanza cuya fuente e impulso debemos buscar en el Espíritu Santo. El es la garantía de la esperanza cristiana.

## **2.- Algunas observaciones sobre el Espíritu**

No es fácil imaginarse al Espíritu ni es fácil hablar de El. En este sentido, parece que se encuentra en inferioridad de condiciones con respecto al Padre y al Hijo. La imagen o la metáfora del Padre/Madre nos es familiar, y por eso nos resulta más fácil imaginarnos a Dios, nombrarlo, describirlo, dirigirnos a El. Tenemos hondas experiencias humanas que nos lo hacen fácil, o al menos posible. La imagen o la metáfora del Hijo también nos es familiar, y por eso nos resulta más fácil imaginarnos al Hijo, nombrarlo, hablar sobre El, dirigirnos a El. Habiendo compartido nuestra condición humana, nos resulta familiar y cercano, nos sentimos capaces de comprenderlo y de ser comprendidos por El. Por eso, la teología de Dios como Padre/Madre y la teología del Hijo o la Cristología se han desarrollado más, especialmente en la tradición occidental. La teología del Espíritu o la Neumatología ha quedado rezagada en esta misma tradición.

Al Espíritu apenas sabemos nombrarlo. Por ser espíritu se nos diluye, cuando intentamos apresararlo, se nos escapa de las manos y de la mente. Las imágenes y metáforas utilizadas para nombrarlo o describirlo nos parecen más fantasiosas y más metafóricas, menos realistas y esenciales. Ciertamente, son abundantes en la literatura bíblica y en la tradición teológica y espiritual: soplo, aliento, viento, voz, paloma, agua, fuego, aceite, sello, arras... Alguna teóloga más atrevida ha inventado imágenes más actualizadas para nombrarlo, y en femenino: espeleóloga de nuestras simas, entrenadora de nuestro juego, controladora de nuestra denominación de origen, cazatalentos de nuestra empresa, consejera de nuestras inversiones, defensora de nuestro pueblo, amiga de la novia...

Pero ninguna de ellas nos parece dar con la naturaleza, la esencia, la personalidad del Espíritu. Son imágenes que sugieren operaciones, más que esencias. Quizá recurrimos a ellas precisamente por eso, porque no conocemos su naturaleza; sólo experimentamos su acción. Y esta experiencia es el único camino de acceso al conocimiento del Espíritu. Se trata de un conocimiento esencialmente experimental, no empírico; místico más que racional; teológico más que teológico. Precisamente, por tener estas características, es un conocimiento que necesita de un discernimiento permanente y muy atento. Porque en este asunto las posibilidades de autoengaño o de autosugestión son grandes, como muestra la historia de los iluminismos o de los iluminados. Aquí cumple una tarea imprescindible la comunidad cristiana: ella es el agente y el lugar adecuado para el discernimiento del Espíritu y de los espíritus.

Un repaso somero a la historia de la revelación judeo-cristiana puede ayudarnos para ese discernimiento, y para explicitar qué queremos decir cuando decimos Espíritu.

La Biblia habla con frecuencia del espíritu como aliento de vida. Desde el segundo relato de la creación: “e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente” (Gn 2,7). El primer relato habla de un aliento de Dios que incuba la vida en medio del caos primigenio: “un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas” (Gn 1, 1). Ese aliento es lo que da vida a la creación, lo que hace que el cosmos esté animado por la vida, que bestias y seres humanos vivan si lo tienen, y regresen al polvo si Dios les retira su aliento: “Escondes tu rostro y se anonadan, les retiras su soplo y expiran y a su polvo retornan. Envías tu soplo y son creados y renuevas la faz de la tierra” (Sal 104, 29-30). Los mismos ídolos son nada, pura muerte y generadores de muerte, porque les falta ese espíritu o ese aliento de vida. “Se avergüenza del ídolo todo platero, porque sus estatuas son una mentira y no hay espíritu en ellas” (Jer 10, 14).

Un primer hecho digno de resaltar es esa estrecha relación entre el espíritu o el aliento y la vida. La vida es el valor primero y supremo, el valor inestimable e irrenunciable, el fundamento de todos los demás valores. Es el objetivo terminal de todas las esperanzas. Pero, para que la vida valga la pena, tiene que estar animada por el espíritu, ser una vida con aliento, con ánimo o con ánima, una vida que sea un don a disfrutar y no una carga a soportar. Cuando la vida ya no nos merece aprecio, decimos que no tenemos aliento, que no nos queda aliento, que vivimos ya sin espíritu, que estamos muertos por adelantado. Por eso, y antes de ulteriores precisiones teológicas, en la misma Biblia se asocia a veces la mera carne con la muerte, y el espíritu con la vida. Aunque es preciso

no regresar a una interpretación dualista y maniquea de estas asociaciones, conviene tenerlas en cuenta para no llamar vida a cualquier cosa.

El aliento de vida no es exclusivo del ser humano, pero sí adquiere en el hombre y en la mujer una relevancia especial. En ellos y ellas es como el motor de la historia personal y colectiva, la inspiración, el timón, la facultad que dirige y encamina la libertad hacia las más variadas metas. Aquí se sitúa un realismo crudo que la Biblia nunca abandona: en el ser humano existe un espíritu que nos encamina hacia el bien, pero también existe el espíritu del mal. El relato de la caída original quiere ser un relato etiológico de esta dura y cruda realidad. La serpiente es la metáfora de ese espíritu del mal (Gn 3).

Quizá ningún personaje bíblico encarna tan bien esta confrontación entre el espíritu del bien y el espíritu del mal como Saúl. Como los israelitas todo lo refieren a Dios como causa primera, incluso el espíritu del mal que invade a Saúl es atribuido a Yahvé, aunque no sea el espíritu de Yahvé: “El espíritu de Yahvé se había apartado de Saúl y un espíritu malo que venía de Yahvé le perturbaba. Dijéronle, pues, los servidores de Saúl: Mira, un espíritu malo de Dios te aterroriza; perímetros, señor, que tus siervos que están en tu presencia te busquen un hombre que sepa tocar la cítara, y cuando te asalte el espíritu malo de Dios tocará y te hará bien... Cuando el espíritu de Dios asaltaba a Saúl, tomaba David la cítara, la tocaba, Saúl encontraba calma y bienestar y el espíritu malo se apartaba de él” (1 Sam 16, 14-23).

La Biblia hace referencia, por ejemplo, al mal espíritu de los nigromantes (Nm 11, 17), al espíritu de la mentira en boca de los falsos profetas (1 Re 22, 22-23), al espíritu de la discordia (Jue 9, 23)... Este hecho plantea un problema que está presente en toda la historia judeo-cristiana: es el problema del discernimiento de espíritus, porque existe el espíritu del bien y el espíritu del mal, el espíritu que lleva a la vida y el espíritu que conduce a la muerte. Por eso hay verdaderos y falsos jueces, verdaderos y falsos caudillos del pueblo, verdaderos y falsos profetas. Aún más, la misma persona puede guiarse en distintas circunstancias por uno u otro espíritu, como sucede con muchos de los reyes de Israel o de Judá.

El espíritu del bien, que conduce a la vida, es denominado en el Antiguo Testamento Espíritu de Yahvé. Ese es el espíritu que conduce la historia de la salvación, que realiza las maravillas del Señor. Es derramado sobre todo el pueblo (Ag 1, 14). Ese es el gran deseo de Moisés, que no puede aceptar la actitud de Josué, hijo de Nun, celoso porque también Eldad y Medad están profetizando en el campamento. “¿Quién me diera que todo el pueblo de Yahvé profetizara porque Yahvé les daba su espíritu!” (Nm 11, 29). Pero Yahvé se lo

da en circunstancias especiales y para misiones especiales a personas especiales. Anima a José en Egipto (Gn 41, 38), a Moisés como profeta prototípico y como caudillo que conduce la gesta del éxodo. Se lo otorga a los 70 ancianos (Nm 11, 25), a Josué (Dt 34, 9), a los jueces Otniel (Jue 3, 10), Gedeón (6, 34), Jefté (11, 29), Sansón (13, 25)...; a los reyes Saúl (1 Sam 10, 6), David (1 Sam 16, 13)...; al sacerdote Zacarías (2 Cr 24, 20); a los profetas Azarías (2 Cr 15, 1), Elfas y Eliseo (2 Re 2, 9), Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel (Is 61, 1; Ez 2, 2; 3, 12-14; Dan 13, 45), a todo el pueblo (Is 32, 15-17; 44, 3; Ez 36, 25-26; Joel 3, 1-2...).

Pero la visión del Antiguo Testamento sobre el Espíritu no es todavía más que una esperanza. Sólo en el Nuevo Testamento el Espíritu de Yahvé adquiere una personalización, que dará lugar a la confesión trinitaria y a la ulterior formulación de la doctrina teológica sobre las tres divinas personas. En todo caso, la literatura neotestamentaria sigue siendo eminentemente narrativa. Narra la acción del Espíritu, su obra salvífica y liberadora, primero en la persona de Jesús y luego en la comunidad cristiana. Y el Espíritu es denominado ya con frecuencia Espíritu Santo.

El Espíritu está presente en el itinerario histórico de Jesús, desde su concepción hasta su muerte. Jesús es “concebido por obra del Espíritu Santo” (Lc 1, 35). Y se manifiesta públicamente su misión mesiánica bajo el signo del Espíritu. Al ser bautizado en el Jordán, “se abrió el cielo y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado” (Lc 3, 22). “Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y era conducido por el Espíritu en el desierto...” (Lc 4, 1). Y comienza su ministerio público en la sinagoga de Nazaret aplicándose el pasaje de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva...” (Lc 4, 18). Por el Espíritu de Dios expulsa a los demonios (Mt 12, 28). Lleno de gozo en el Espíritu Santo, alaba al Padre (Lc 10, 21). Al final de sus días promete el Espíritu a los suyos: “... y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre” (Jn 14, 16). “Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito, pero si me voy, os lo enviaré” (Jn 16, 7). “... recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8).

Juan y Lucas nos dan dos versiones diferentes del cumplimiento de esta promesa. Juan lo sitúa en el contexto de las apariciones del Resucitado a los discípulos: “Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”

(Jn 20, 22). Lucas lo sitúa en el acontecimiento de Pentecostés, la fiesta de la renovación de la Alianza, de la plenitud de los tiempos mesiánicos, del cumplimiento de la gran profecía de Joel: "Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse" (Hch 2, 1-4). Es el comienzo de la historia de la Iglesia, el tiempo del Espíritu.

A partir de este momento el Espíritu Santo pasa a ser el agente y protagonista de la vida de las comunidades cristianas. El es el sujeto principal de todo el libro de Hechos. El es el que anima y conduce la vida de las comunidades cristianas. El que continúa en la Iglesia la obra del Jesús histórico, el que hace presente al Resucitado, el que actúa en el bautismo regenerando a la humanidad y creando el hombre nuevo. Genéricamente es llamado el Espíritu Santo. Pero también se le llama Espíritu de Dios (Rom 8, 9.14; 15, 9; 1 Cor 2, 11.12.14; 3, 16; 6, 11; 7, 40; 12, 3; 2 Cor 3, 3; Ef 4, 30; Fil 3, 3; 1 Pe 4, 14), Espíritu de Jesús (Hch 16, 7), Espíritu de Cristo (Rom 8, 9), Espíritu del Señor (2 Cor 3, 17), Espíritu del Hijo (Gál 4, 6), Espíritu de Jesucristo (Fil 1, 19). En adelante la comunidad cristiana lo confesará como "Señor y Dador de Vida".

### **3.- El Espíritu, el caos y la esperanza**

La palabra caos y sus derivados hacen referencia a situaciones humanamente desesperadas. Significan situaciones personales, sociales o cósmicas en las que no hay garantías humanas de futuro, ni hay lugar para la esperanza. A nivel existencial el caos equivale a la falta de sentido, de orden, de orientación. Estar en el caos es padecer un cierto despiste existencial que apenas deja espacio abierto al futuro y a la esperanza. Es mucho más que una simple crisis pasajera. A nivel social, el caos es una especie de ruptura histórica que cierra todo paso a un futuro prometedor y esperanzador.

Sin embargo, la literatura bíblica nos ofrece un dibujo un poco diferente del caos. No es una situación de bonanza y de seguridad, ciertamente. Porque hace referencia a carencia de orden, de orientación y de sentido. Va acompañada de sufrimiento, de humillación, de desencanto o de impotencia humana. Pero lo peculiar del caos bíblico es que, pese a esta sensación de

desencanto y de impotencia humana, el caos puede convertirse en ocasión de creación o de recreación, de un nuevo orden de cosas, de un nuevo futuro. En este sentido, el caos bíblico es una prueba para la esperanza y una ocasión para afianzar la esperanza en la promesa de Dios. Bíblicamente hablando, el caos es una oportunidad de gracia, un momento propicio para renovar la esperanza.

Este sentido bíblico del caos aparece ya en la primera página del Génesis. “La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo” (Gn 1, 2). Se daban, pues, todos los elementos característicos de una situación caótica, y en este caso a un nivel global y cósmico, no a un nivel simplemente regional. Pero precisamente este caos es presentado por el hagiógrafo como la materia prima de la primera creación. El Espíritu de Dios fue capaz de convertir aquel caos en un cosmos, fue capaz de fecundar aquella materia amorfa y viscosa para que diera lugar a la primera creación. “Un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas” (Gn 1, 2). La Palabra de Dios -la palabra siempre va asociada al aliento, al espíritu- va pronunciando la jerarquía de los seres, y desde el caos original va gestándose el cosmos de la primera creación. Se separan la luz y las tinieblas, el día y la noche, los cielos y la tierra, los mares y los continentes, los vegetales, los animales, el ser humano...

La historia de Israel está atravesada por continuas situaciones de caos. Paradigma de estas situaciones es el caos que el pueblo tiene que padecer en Egipto, soportando la tiranía y la esclavitud a que se ven sometidos por el Faraón (Ex 1, 8-22). Ante tanta esclavitud y tanto poderío político del Faraón, a los hebreos no les queda espacio para la esperanza. Pero Yahvé sale fiador por ellos: “Oyó Dios sus gemidos y acordóse de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel...” (Ex 2, 24). Derrama su espíritu sobre Moisés y le encomienda la misión de liberar a su pueblo. “Así, pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. Ahora pues, ve, yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto” (Ex 3, 9-10). La gesta del Exodo, como experiencia de liberación por la intervención de Yahvé, se convertirá en el núcleo del credo israelita (Dt 6, 21-22; 26, 6-10). Una situación caótica dio lugar a una nueva creación: la creación del pueblo de Yahvé.

El hecho se presta a algunas observaciones. La situación de caos provoca el clamor del pueblo, y la memoria de la promesa que quizá habían olvidado. La situación límite hace que Yahvé escuche tan fuerte clamor y recuerde su alianza con Abraham. Yahvé interviene con la fuerza de su brazo, pero también con los mediadores que él mismo se ha elegido para conducir al pueblo. En este caso, es Moisés que, investido por el Espíritu de Yahvé, quedará como

prototipo de libertador y profeta de Israel. La santidad, el exodo de aquella situación caótica, por la intervención liberadora de Yahvé, afianza la fe y la esperanza del pueblo. Será una gesta recordada cuantas veces la fe y la esperanza se debiliten, cuantas veces Israel se vea asediado por el olvido o la duda sobre la fidelidad de Dios a sus promesas.

Pero el caos no siempre es provocado desde fuera, por la opresión de un Faraón. Aún es más peligroso el caos que viene de dentro, desde la propia infidelidad. Es la situación caótica provocada por el pueblo de Israel, asentado ya en la tierra prometida, armado con su monarquía, su templo y su ley, pero acumulando infidelidad sobre infidelidad.

Estas infidelidades se concretan en tres idolatrías capitales que agravan el caos en el pueblo. La idolatría económica de quienes ponen su salvación y su seguridad en la abundancia de bienes que Dios les ha concedido, generan desigualdades sociales cada vez mayores e ignoran los derechos y el clamor de pobres. La idolatría política de quienes ponen su seguridad y su salvación en el poderío político o en las alianzas con los grandes imperios de turno, olvidan la soberanía y el señorío de Yahvé, y no terrecen en quebrantar la alianza y la ley oprimiendo a los pobres. La idolatría religiosa de quienes se escudan en la elección, en la alianza, en la ley, en el templo y en el culto..., para seguir derramando sangre inocente (Is 1, 10-28; Jr 7, 1-15).

Los grandes profetas de Israel denuncian estas idolatrías y toda su secuela de pecados (Isaías, Jeremías, Oseas, Amós...). Advierten al pueblo una ruina futura, si no se convierten a Yahvé y vuelven sus ojos y su conducta a la alianza y sus exigencias, no se cansan de advertir al pueblo el riesgo que corre de ser aniquilado por Yahvé a causa de los pecados que han cometido y que les pone al borde del caos definitivo. Las amenazas de Jeremías llegan a tal extremo, que ya no cree viable una simple renovación de la antigua Alianza; es necesario una renovación radical de la alianza, una alianza nueva impresa en un corazón nuevo, un corazón de carne.

Este caos del pueblo se agrava, pese a las advertencias y denuncias proféticas, y desemboca en el exilio, primero del reino de Israel y luego del reino de Judá. Y en el exilio se consuma la experiencia caótica, puesto que el pueblo ha sido alejado de sus señas de identidad más preciadas: su tierra, la ciudad santa de Jerusalén, el templo y su culto esplendoroso, el rey, la alianza y la ley que ellos mismos han olvidado y abandonado. Es el tiempo de los grandes mensajes proféticos de consolación (Deuterioisaias y Ezequiel), como después será el tiempo de los grandes mensajes de la reconstrucción (Ezequiel, Ageo, Zacarías...).

Pues bien, el exilio babilónico agudiza y consume esta experiencia de caos, que había durado ya varios siglos. Pero pareciera necesario este caos para que el pueblo reaccionara y se volviera a Yahvé, para que el Espíritu de Yahvé y la vida, entre el Espíritu de Yahvé y la vida, entre el Espíritu de Yahvé y la esperanza: “Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. Ellos andan diciendo: se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros. Por eso, profetiza. Les dirás: He aquí yo abro vuestras tumbas; os haré salir de vuestras tumbas, pueblo mío, y os llevaré de nuevo al suelo de Israel. Sabréis que yo soy Yahvé cuando abra vuestras tumbas y os haga salir de vuestras tumbas, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestro suelo, y sabréis que yo, Yahvé, lo digo y lo hago” (Ez 37, 11-14).

Es otro ejemplo de caos que lleva en sus seno el germen de vida y de esperanza. Era necesario agudizar el caos para que el pueblo reaccionara. Era preciso agudizar el conflicto para hacer conciencia de él. Y era preciso que el caos fuera producto de la propia culpa, para que la salida del mismo comprometiera al mismo pueblo, convocándole a conversión. Es precisamente en medio de la humillación cuando el Señor se acuerda de su pueblo. Sólo desde la humillación el pueblo encuentra las condiciones propicias para reemprender el camino de la fidelidad a Yahvé y el camino de la propia reconstrucción. Después del regreso del exilio, el pueblo cierra filas como una piña bajo el liderazgo de Nehemías y Esdras, y muestra un fervor y un coraje singular en la reconstrucción del país. El caos absoluto convoca a una nueva creación. Es el momento de la acción definitiva del Espíritu de Yahvé, avivando la esperanza del pueblo. El Espíritu no se manifiesta sólo en las grandes utopías; se manifiesta también y sobre todo en los grandes naufragios.

Pero el caos bíblico no es exclusivo del Antiguo Testamento. La muerte de Jesús es otra experiencia caótica para sus seguidores. Los evangelistas escriben su dramatismo apelando a fenómenos cósmicos verdaderamente caóticos y apocalípticos. “Llegada la hora sexta, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona” Mt 27, 45). “El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; tembló la tierra y las rocas se hendieron. Se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron” (Mt 27, 51-52).

Pero el verdadero caos se reflejó sobre todo en la comunidad de sus seguidores. Todos se dispersaron, atenazados por el miedo. Únicamente las mujeres permanecieron en el escenario de la crucifixión. Los discípulos se encerraron sobre sí mismos, por miedo a los judíos, presas de pánico. La escena de los discípulos de Emaús refleja bien la situación de caos existencial, la

desorientación y la muerte de la esperanza que en ellos ha provocado la muerte del Maestro. “Nosotros esperábamos que sería él el que iba a liberar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro, y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron” (Lc 24, 21-24). Es una descripción exacta de lo que es el caos existencial y el final de una esperanza.

La otra cara de este caos es la Resurrección de Jesús y la donación del Espíritu a los discípulos. Juan asocia esta donación a las apariciones del Resucitado: “Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22). Lucas la asocia al acontecimiento de Pentecostés (Hch 2, 1-4). Y es el Espíritu Santo el que confirma a los discípulos en la experiencia pascual o en la fe en el Resucitado: “A éste, pues, Dios lo resucitó librándolo de los dolores del Hades” (Hch 2, 24). El Resucitado y el Espíritu convocan de nuevo a los que el caos había dispersado. Y a partir de este momento revive la esperanza, gracias a la confirmación de que la promesa de Dios se ha cumplido y seguirá cumpliéndose.

El caos ha sido el lugar para una nueva actuación del Espíritu de Dios, que resucitó a Jesús y nos resucitará también a nosotros. “Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros. Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su espíritu que habita en vosotros” (Rm 8, 11). El caos da, pues, lugar a una nueva creación, a la creación del hombre nuevo. Desde una perspectiva creyente, este sentido del caos bíblico debe iluminar la situación actual de la Iglesia y de la sociedad. La problemática a la que aludíamos en la primera parte de esta reflexión describe un cuadro caótico, de crisis severa y de escasas garantías humanas. Sin embargo, leída en clave creyente, ésta debería ser una situación propicia para avivar la esperanza, y también para avivar la conciencia y la conversión. Cuando las crisis se agudizan es momento de reaccionar. Cuando las situaciones llegan al límite, es momento de conjuntar fuerzas y responsabilidades. Cuando faltan las garantías humanas, es momento de ejercitarse en la esperanza teológica, y de hacer de ella un desafío y un estímulo para el compromiso activo y militante. La esperanza teológica es un don y una responsabilidad. El Espíritu que convierte el caos en una nueva creación no actúa al margen de la libertad humana, sino conduciendo y comprometiendo esta libertad en la obra de la nueva creación.

El Espíritu de Dios es el que administra la Palabra de Dios, para avivar la esperanza en el pueblo. A esta Palabra tenemos que recurrir para mantener viva la esperanza, especialmente cuando las circunstancias no ofrecen muchas garantías humanas. El autor de Hebreos exhorta a una comunidad en crisis: "Por tanto es preciso que prestemos atención a lo que hemos oído, para que nos extraviemos" (Hbr 4, 12). Y el Apocalipsis invita a escuchar lo que el Espíritu dice a las Iglesias.

Sin embargo, parece una osadía presentar hoy la palabra como fuente de esperanza, porque la palabra se ha debilitado. ¿Quién confía en la palabra? Está devaluada en nuestra sociedad por la abundancia de discursos, por la abundancia de palabras vacías y discursos falaces, por la sofisticación del lenguaje... Muchas palabras parecen más orientadas a ocultar la realidad que a desvelarla. Por eso, la palabra está desacreditada entre nosotros, incluso entre quienes tenemos la misión de un anuncio explícito del Evangelio. ¿Quién se atreverá hoy a avivar la esperanza con el simple recurso a la palabra, aunque se trate de la Palabra de Dios? No es extraño que los más recientes movimientos teológicos y pastorales hayan puesto el énfasis en la ortopraxis, como testimonio y criterio de verificación del mensaje cristiano.

Sin embargo, hay experiencias personales que nos hacen recobrar la fe en la fuerza de la palabra, y sobre todo en la fuerza de la palabra evangélica. Cada uno de ustedes contarán sin duda con algunas de estas experiencias.

En primer lugar, la palabra es un medio primario de comunicación personal. Dirigir la palabra a alguien es tomarle en cuenta, darle la oportunidad de sentirse persona, sacarle de su soledad. Negar la palabra a alguien es ignorarle, violar su dignidad, sumirle o sumirla en la más espantosa de las soledades. Y la soledad es vecina de la desesperanza. La palabra como instrumento de comunicación tiene siempre un metamensaje: "aquí estoy a tu lado", "puedes contar conmigo", "caminemos juntos"... Una simple palabra puede salvar en determinados momentos a las personas y a las comunidades. En una sociedad en la que crecen el individualismo y la soledad, en la que se van deteriorando los grupos primarios y la comunicación personal, en la que pierden inocencia las relaciones cortas, es preciso devolver a la palabra toda su densidad comunicativa.

Pero además, la palabra es un poderoso instrumento al servicio de la verdad, aunque también puede ser instrumento de engaño y de mentira. Y al margen de la verdad, todas las esperanzas se revelan falseadas. Por eso,

también las falsas promesas de nuestra sociedad se adornan de bellas palabras. Pero la mentira, según la literatura joánica, es tan grave que sólo puede ser hija del Maligno. “Este es homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8, 44). Por eso, la injusticia que nos envuelve tiene que ocultarse detrás de la mentira, tiene que “secuestrar la verdad”, como afirma Pablo (Rm 1, 18-23).

Y la palabra es especialmente fuente de esperanza cuando es anuncio explícito del Evangelio de Jesús, de la Buena Noticia del Reino. Es cierto que para que este anuncio explícito sea fuente de esperanza requiere unas condiciones ineludibles: que sea anuncio de Buena Nueva, de Buena Noticia de salvación y liberación; que sea un anuncio convencido, no convencional, es decir, que tenga su inspiración en una auténtica experiencia de fe del evangelizador y de la comunidad evangelizadora; que sea una palabra inspirada por el Espíritu.

Porque el Espíritu es el que anima la esperanza del pueblo poniendo la palabra en boca de profetas y evangelizadores. Esta afirmación es tan radical en la historia de Israel que la ausencia de la Palabra de Dios o la ausencia del espíritu profético se convierte en una crisis para la esperanza. A la muerte de Josué se abre una dura crisis en Israel, porque la generación que le sucede ha olvidado la Palabra de Yahvé: “...les sucedió otra generación que no conocía a Yahvé ni lo que había hecho por Israel” (Jc 2, 10). Y cuando se extingue el espíritu de profecía en Israel, de nuevo el pueblo declina en su esperanza: “No vemos nuestras enseñanzas, no existen ya profetas, ni nadie entre nosotros que sepa hasta cuándo” (Sal 74, 29). Y es que la palabra profética, que el Espíritu de Yahvé pone en boca de los profetas, es la que mantiene viva la esperanza del pueblo, pues recuerda permanentemente la fidelidad de Dios a la alianza y a la promesa, fundamento de toda esperanza.

No es fácil la vocación profética. La resistencia a esa vocación y misión queda dramáticamente testificada en los relatos de la vocación de Isafas (Is 6), de Jeremías (Jr 4), Amós (Am 7,14)... Da miedo proclamar la palabra profética. Pero es una vocación ineludible, y una responsabilidad ante Dios y ante el pueblo, y está respaldada por la compañía de Yahvé: “No digas: Soy un muchacho; pues adonde quiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte” (Jr 1, 7-8). Es precisamente esa palabra profética que el Espíritu de Yahvé inspiró a los profetas la que sostuvo la esperanza del pueblo a lo largo de toda su historia. Es palabra unas veces de denuncia, otras de consolación, otras de animación,

otras de promesa... Pero, en todo caso, la esperanza profética no se deduce del estado de cosas, sino de la acción de Dios: “Bien me sé los pensamientos que pienso sobre vosotros, pensamientos de paz, y no de desgracia, de daros un porvenir de esperanza” (Jr 29, 11).

En el Nuevo Testamento, la vocación y la misión de los seguidores de Jesús está también asociada al anuncio de la Palabra. “Instituyó a los Doce para que estuvieran con él y para enviarles a predicar...” (Mc 3, 14). Y Jesús asegura la asistencia del Espíritu a quienes encomienda anunciar el Evangelio. “Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a decir. Lo que tendréis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará por vosotros” (Mt 10, 19-20). Si el anuncio del Evangelio ha de ser origen e impulso para la esperanza del pueblo, el Espíritu Santo es el garante de ese anuncio.

El gran don que Jesús promete antes de su partida es el Espíritu Santo, el Paráclito. El es el Espíritu de la verdad (Jn 14, 17; 15, 26; 16, 13; 1 Jn 5, 6...). Es el que ha de guiarnos hasta la verdad plena: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa” (Jn 16, 13). Y por tanto a la libertad completa, porque “la verdad os hará libres” (Jn 8, 32). Entre las muchas funciones del Espíritu en la comunidad cristiana, una de ellas es la de enseñar. No se trata de una simple instrucción doctrinal, sino de conducir a la comunidad hasta el conocimiento pleno de la verdad: “... el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo” (Jn 15, 26). El Espíritu enseña, instruye, comunica, da a entender...

La promesa había sido hecha con insistencia por el Jesús histórico (Jn 14, 16.26; 15, 26; 16, 4.15...). Lucas recuerda la Promesa antes de relatar la Ascensión: “Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre, “que oísteis de mí: Que Juan bautizó con agua pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días” (Hch 1, 4-5).

El Resucitado envía el Espíritu Santo sobre los Doce: “Como el Padre me envió, también yo os envío. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22-23). La Promesa tiene su cumplimiento pleno el día de Pentecostés. “Quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (Hch 2, 4). Con el bautismo en el Espíritu la comunidad queda preparada para impulsar la esperanza mediante el anuncio del Evangelio. No en vano el símbolo de la presencia del Espíritu son unas lenguas, y precisamente de fuego. Y la primera reacción de los apóstoles fue ponerse a hablar. A pesar de la multiplicidad de

lenguas, todos los presentes se entendían. Si haber comandado a los pueblos e hizo de la multiplicación de lenguas un obstáculo insalvable para la comunicación, Pentecostés permite que los pueblos vuelvan a comunicarse y entenderse pese a la multiplicidad de las lenguas.

Pero el objetivo del Espíritu no es primariamente resolver el problema de las lenguas o de los idiomas, sino resolver el problema del mensaje, el problema de la verdad. La misión central del Espíritu es dar testimonio de Jesús y animar a la comunidad cristiana para repetir y actualizar ese testimonio. Es una misión en forma de recuerdo e iluminación. El es el Maestro interior. Abre los oídos y el corazón para escuchar la Palabra y adherirse a ella (Hch 16, 14). Da testimonio de Cristo (Jn 15, 26; Hbr 10, 15). Nos revela lo íntimo del misterio de Dios: “Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu: y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Cor 2, 10-11).

El Espíritu no sólo nos permite comprender el misterio de Jesús. También nos ayuda a confesar o profesar nuestra fe en Jesús. “Por eso os hago saber que nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: Anátoma sea Jesús; y nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino con el Espíritu Santo” (1 Cor 12, 3). Este es un criterio fundamental para discernir los verdaderos y los falsos espíritus: “Podréis conocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios; todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios: ése es el Anticristo” (1 Jn 4, 2-3).

Y el mismo Espíritu hace de la comunidad cristiana el agente de la evangelización (1 Pe 1, 12). El anuncio del Evangelio es la misión fundamental de la Iglesia y el aporte más específico cristiano para avivar la esperanza. Por la fuerza del Espíritu, la comunidad apostólica es revestida de una valentía y un coraje nuevos, de una cierta intrepidez en el anuncio del Evangelio. Por la inspiración y la fuerza del Espíritu, Pedro inicia ese anuncio el día de Pentecostés (Hch 2, 14ss). Y el fenómeno de Pentecostés se repite sucesivamente en Jerusalén (Hch 2, 1ss), Samaría (8, 14-17), Cesarea (10, 44-48), Efeso (19, 1-6)... y hasta los confines de la tierra. Todos esos momentos se caracterizan por una efusión del Espíritu, y por una singular valentía en el anuncio del Evangelio. Pedro, Esteban, Felipe... y Pablo. Todos predicán la Palabra o anuncian a Jesucristo con la fuerza del Espíritu.

El Espíritu pone sobre los apóstoles la palabra oportuna para anunciar el Evangelio, tal como Jesús había anunciado (Mt 10, 19-20). Acompaña a los evangelizadores con la fuerza necesaria para su misión. “Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino

que fueron una demostración del Espíritu y de su poder... (1 Cor 2, 4; Rm 15, 18-19; 1 Tes 1 5...). Está presente en todos los momentos de discernimiento decisivos para la vida de la comunidad (Hch 1, 16 -sustitución de Judas-, Hch 6, 1-5 -los siete diáconos-, Hch 15, 28 -concilio de Jerusalén; Hch 16, 7 -misión de Pablo-...).

Dirigir la palabra a una persona es un gesto de comunicación que abre caminos a la esperanza. La soledad es enemiga de la esperanza. Si esa palabra es además un servicio a la verdad, también es mayor su servicio a la esperanza. La mentira también es enemiga de la verdadera esperanza. Pero si además esa palabra es un anuncio explícito del Evangelio, inspirado y respaldado por el Espíritu, su servicio a la esperanza puede ser definitivo. Con frecuencia olvidamos que en muchas personas está hoy presente la nostalgia del Evangelio, el hambre de Dios, la necesidad de trascendencia. Aún más, olvidamos que la sociedad tiene derecho a que le sea anunciado el Evangelio, porque tiene derecho a la esperanza.

El Espíritu hace eficaz la Palabra para que avive la esperanza, aún por encima de la categoría moral del evangelizador. Con frecuencia pedimos autoridad moral al evangelizador, es decir, altura moral. Es justo y necesario y conviene que el testimonio de vida acredite el anuncio de la Palabra. Pero olvidamos con frecuencia que la eficacia de la Palabra radica en ella misma o en el Espíritu. En cualquier persona o comunidad y en cualquier momento puede germinar y producir el 30, el 60 ó el 100 por uno de esperanza. Uno nunca sabe cuándo va a brotar la Palabra y producir sus frutos de esperanza.

## **5.- El Espíritu Santo, la comunidad y la esperanza**

El Espíritu es fuente e impulso de la esperanza en la misma medida que es agente de la comunidad. En vez de regalar directamente la esperanza, nos la regala a través de la comunidad.

Sólo unos apuntes bíblicos para refrendar estas afirmaciones y, sobre todo, esta estrecha relación ente comunidad y esperanza. Para animar la esperanza de una comunidad en crisis, el autor de Hebreos les exhorta: "Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras, sin abandonar vuestra asamblea, como algunos acostumbran a hacerlo, antes bien, animándoos..." (Hbr 10, 24-25). En momentos críticos, Jesús se dirige a Pedro: "¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos" (Lc 22, 31). Y otro hecho significativo:

varias apariciones del Resucitado tienen lugar en un contexto de comunidad, mientras el Resucitado parte el pan para ellos o comparte con ellos el pan (Mc 16, 14; Lc 24, 13-35; Jn 21, 1-23). La escena de Emaús es especialmente significativa: a la dispersión o abandono de la comunidad está asociada la tristeza y la desesperanza; a la convocación o vuelta a la comunidad están asociadas la alegría y la esperanza.

Decir que el Espíritu Santo es el alma o el animador de la comunidad cristiana es decir que el Espíritu Santo es el alma o el animador de la esperanza, la fuente y el origen de la esperanza cristiana.

La soledad y la desesperanza son hermanas gemelas y casi siamesas. Casi siempre están juntas. El deterioro de los grupos primarios está generando entre nosotros una cultura del individualismo, y está arrojando a muchas personas en la soledad y la incomunicación. Nunca se había hablado tanto de comunicación, y nunca se había experimentado tanta soledad. Debilitada la comunidad, se nos ha debilitado también la esperanza. Y es lógico: el suelo de la vida es la comunidad. La debilidad y vulnerabilidad de los miembros sólo puede ser compensada por el apoyo comunitario: cuando uno cae, otro puede levantarlo, si hay otro, es decir, si hay comunidad... Pero, si no hay otro... Por eso, la soledad está tan próxima a la desesperanza.

¿De dónde nos vendrá la comunidad y, por consiguiente, la esperanza? ¿Qué tendrá que hacer el Espíritu en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad para avivar e impulsar la esperanza?

Dos rasgos llaman la atención en el paso de los Evangelios al libro de los Hechos. El final de los Evangelios relaciona el Espíritu con el perdón de los pecados. El comienzo de Hechos relaciona el Espíritu con un nuevo modelo de comunidad. Ambos detalles nos hacen pensar en el Espíritu como agente de la comunión o de la comunidad.

La relación entre el Espíritu y el perdón de los pecados es subrayada sobre todo por Juan: "Jesús les dijo otra vez: La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes los retengáis, les quedan retenidos" (Jn 20, 21-23). E. Schillebeeckx llega a afirmar que en el comienzo de la experiencia pascual hay en los discípulos una experiencia de conversión y de perdón. La observación tiene su importancia para comprender la relación entre el Espíritu Santo, el perdón de los pecados y la comunidad.

Todo el libro de Hechos subraya la estrecha relación entre el Espíritu Santo y la construcción de la comunidad. Lo primero que nos ofrece el libro, después

del relato de Pentecostes y el correspondiente sermón de Pedro, es una descripción idealizada de la primera comunidad cristiana. El rasgo que más destaca es la comunión entre todos los miembros. “Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones... Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común...” (Hch 2, 42-47). “La multitud de los creyentes no tenían sino un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32). Esta comunión es obra del Espíritu, como testifica todo el libro de Hechos y como teologizará Pablo en sus cartas.

En primer lugar, el Espíritu Santo da testimonio de la verdadera raíz de toda comunión: la filiación divina. “El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rm 8, 16). Y el mismo Espíritu opera en nosotros esa comunión ayudándonos a orar desde lo más hondo de nuestra debilidad. El nos hace exclamar “¡Abba, Padre!” (Rm 8, 15). “Y de igual manera el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables...” (Rm 8, 26-27). El amor a los hermanos es sólo un reflejo del amor con que Dios nos ama. Y el Espíritu Santo es la garantía de este amor: “Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5, 5).

En segundo lugar, la comunión que obra el Espíritu es una comunión en la diferencia. Pablo habla con frecuencia de la unidad en el Espíritu (Ef 4, 3-5). “Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1 Cor 12, 13). “Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo...” (1 Cor 12, 4). No hay comunidad sin cierta unidad, sin lazos de unión. El más importante en este caso es el Espíritu.

Pero esta unidad toma cuerpo en la conjugación de diferencias. Por eso en la eclesiología paulina tiene tanta importancia la multiplicación y distribución de carismas y ministerios en la comunidad. Son el testimonio de la acción del Espíritu en la comunidad (1 Cor 12, 4-11), pero al mismo tiempo marcan también las diferencias entre los miembros de la comunidad. Las diferencias de carismas y ministerios representan a un tiempo las posibilidades y las dificultades de la comunión en la comunidad. La comunión consiste precisamente en la conjugación de diferencias. Tarea nada fácil, como quedó claro en la comunidad de Corinto, y como demuestra la experiencia cotidiana de todas las comunidades.

Pablo se ve obligado a recordar algunas de las reglas necesarias para conjugar las diferencias de los carismas. En primer lugar, reconocer el origen

común de todos los carismas. "Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad" (1 Cor 12, 11). En segundo lugar, el objetivo o la finalidad de todos los carismas. El Espíritu distribuye los carismas para la edificación de la comunidad, para el bien común (1 Cor 12, 12-30). "Procurad abundar en ellos para edificación de la asamblea" (1 Cor 14, 12). En tercer lugar, la jerarquía entre los mismos. Y esta jerarquía queda establecida por el grado de caridad que los inspira y por su contribución a la edificación de la comunidad (1 Cor 13 y 14).

Construir y animar la comunidad cristiana: esa es la forma en que el Espíritu aviva la esperanza en la Iglesia y en la humanidad. La conclusión es obvia para nosotros: poner prácticas comunitarias es hoy urgente para avivar la esperanza.

Las relaciones largas -a nivel institucional- no parecen suficientes para mantener viva la esperanza. Son necesarias también las relaciones cortas, las relaciones personales, aquellas que conforman los grupos o comunidades primarias, las microcélulas sociales, donde la vida se expresa, se acrecienta y se celebra. Ciertos movimientos culturales y religiosos más recientes están reclamando este rescate de la experiencia comunitaria para recuperar una esperanza que ha enfermado o se ha debilitado. Es un reclamo legítimo, que pide la vuelta a la cultura del corazón, de la misericordia, de la compasión..., para que las víctimas no queden siempre olvidadas y fuera de la comunidad que construimos.

Muchos cristianos se ven obligados hoy a vivir su fe y su esperanza sin comunidad. Y saben cuán difícil resulta. El éxito de muchos movimientos religiosos tiene su explicación en una oferta comunitaria, que las grandes religiones y las Iglesias no son capaces de ofertar hoy. Sus seguidores buscan el calor de la comunidad, para mantener viva la esperanza. En este contexto conviene valorar el fenómeno eclesial de las comunidades de base y su aporte para mantener viva la esperanza. ¿Qué hubiera sido de la esperanza de muchos cristianos -sumidos en la marginación, en el conflicto e incluso en la persecución- de no haber sido por el apoyo de sus respectivas comunidades? ¿Qué hubiera sido de esa esperanza si el Espíritu Santo no hubiera animado y dado vida a esas comunidades?

Es el Espíritu Santo el que anima e impulsa la esperanza en la Iglesia y en la humanidad. Pero la Iglesia no se ha de forma meramente receptora y pasiva. Sería una interpretación riesgosa de la gratuidad. El don o la gracia del Espíritu se traduce en ella en auténtico desafío y responsabilidad. Si la Iglesia ha de avivar la esperanza dentro de si misma y dentro de la sociedad, debe avivar la

experiencia y las prácticas comunitarias. Ella misma nació bajo el signo de la comunidad, y debería distinguirse por ser experta en prácticas comunitarias.

El Espíritu anima y aviva la esperanza a través de estas prácticas comunitarias. Mientras la comunidad escucha y comparte la Palabra, discierne la voluntad de Dios y lee los signos de los tiempos, confiesa y celebra la fe, toma aliento y coraje para el fiel seguimiento de Jesús y para el compromiso con el Reino y su Justicia. Y también mientras la comunidad comparte y procesa las crisis de fe y de esperanza, pues es el lugar propicio para procesar estas crisis. Esta es la fuerza de la comunidad y su aporte a la causa de la esperanza. Si la Iglesia quiere dar razón de la esperanza cristiana a esta humanidad, tiene que dejar actuar al Espíritu y actuar ella misma en la dirección que le marca el Espíritu. La dirección que el Espíritu señala a la esperanza es la dirección de la comunidad.

## **6.- El Espíritu Santo, la esperanza y la resistencia**

Al despedirse de los presbíteros de Efeso, Pablo les expresa esta convicción: “Mirad que ahora yo, encadenado en el espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones” (Hch 20, 22-23). La esperanza del apóstol debe mantenerse en medio del conflicto y la adversidad.

La esperanza de la Iglesia primitiva se caracteriza precisamente por mantenerse firme en la prueba. Es una forma de mantenerse en la paciencia y resistencia frente a la adversidad. Así lo testifica el autor de Hebreos para animar a una comunidad, cuya esperanza está asediada: “Deseamos, no obstante, que cada uno de vosotros manifieste hasta el fin la misma diligencia para la plena realización de la esperanza, de forma que no os hagáis indolentes, sino más bien imitadores de aquellos que, mediante la fe y la perseverancia, heredan las promesas” (Hbr 6, 11-12). “Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir lo prometido” (Hbr 10, 36). “Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado” (Hbr 12, 3-4). Y todo el libro del Apocalipsis es una exhortación con el mismo propósito: mantener viva la esperanza en medio de la persecución.

Estas referencias nos recuerdan la esencial relación entre la esperanza cristiana y la paciencia.

La esperanza cristiana no huye del mal, pero dese confrontarse con fracasos parciales y mantenerse erguida en medio de ellos. Tampoco hace apología del conflicto, pero normalmente se ve confrontada con el conflicto y debe mantenerse firme en medio de él. Por eso, la esperanza cristiana va inseparablemente unida a la firmeza, a la perseverancia, a la resistencia, a la paciencia. Santo Tomás establece una estrecha relación entre la esperanza, la paciencia y la fortaleza (II-II, 126, 4).

El cristiano no tiene que avergonzarse de pronunciar las palabras “paciencia”, “paciencia histórica”, como ha sucedido en tiempos recientes. Ser paciente no significa estar evadido o alienado; puede ser una forma firme, activa y perseverante de resistir y comprometerse. La experiencia de las últimas décadas nos ha demostrado de nuevo algo que era evidente en las páginas bíblicas: la esperanza auténtica sólo se mantiene a base de paciencia activa frente a la adversidad, a base de resistencia firme en medio de la prueba, a base de esperar contra toda esperanza cuando las garantías humanas son escasas. Aquí el ejemplo que aduce Pablo es, por supuesto, Abraham, “el cual, esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones, según le había sido dicho: Así será tu prosperidad. No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor... y el seno de Sara, igualmente estéril” (Rm 4, 18-19). Precisamente cuando escasean o están ausentes las garantías y las seguridades humanas, se hace amplio espacio a la esperanza.

Como se ha afirmado reiteradamente, la esperanza es una virtud de “deseos largos”, y es “enemiga de la felicidad a toda prisa”, porque con frecuencia las grandes promesas tardan en cumplirse. Por eso, implica paciencia, aguante activo, resistencia militante, plantar cara a la adversidad, mirar lejos. “Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5, 3-5; 1 Tes 1, 3). Hoy comprendemos que la esperanza es más una virtud de éxodo o de exilio que de tierra prometida. Sabemos que la esperanza es más necesaria en tiempos de opresión que en tiempos de liberación conseguida. La imagen de Moisés en el monte Nebo es toda una metáfora de la esperanza más purificada (Dt 34).

Pero, ¿de dónde nos vendrá la esperanza en estas situaciones? ¿Cuáles son las garantías que ofrece la fe cristiana para mantenerse esperanzados y perseverantes en la prueba?

La teología judeo-cristiana parte de una fe incommovible en la fidelidad de Dios a sus promesas. Dios es fiel y no se echa atrás. Su Palabra se cumple; no se retracta de sus promesas. Y esas promesas caminan siempre en la misma dirección: “la vida y la liberación triunfarán sobre todo género de muerte y esclavitud”. Este es el fundamento último de toda esperanza teologal.

Y la teología cristiana afirma decidida que en la resurrección de Cristo se han cumplido ya prolépticamente las promesas de Dios (Hch 2, 25-35). Esta es nuestra seguridad y el fundamento de la esperanza cristiana. La vida de Jesús es presentada por los evangelios como el cumplimiento de las promesas. “Esta escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy” (Lc 4, 21). Estas palabras, puestas por Lucas en boca de Jesús al comenzar la vida pública de éste en la sinagoga de Nazaret, podrían aplicarse a todos los momentos de la predicación y la praxis de Jesús, pues efectivamente en él se cumplen las Escrituras. Todo en su vida es confirmación de la fidelidad de Dios a sus promesas. El significa la plenitud de los tiempos, o la plenitud del cumplimiento de las promesas (Hbr 1, 1-2; Gál 4, 4-6). Pero la fe en la fidelidad de Dios a sus promesas se confirma de forma especial con la resurrección de Cristo de entre los muertos. “Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron” (1 Cor 15, 20). En el Resucitado se ha cumplido de forma irreversible la promesa del triunfo de la vida sobre la muerte (Rm 8, 11; Col 1, 18; Hch 26, 23).

Como afirman con frecuencia los Santos Padres, el Resucitado es la semilla, el germen de la nueva creación, de la creación definitiva. Es la garantía de que la nueva creación ha comenzado ya, aunque todavía ha de completarse. Es la garantía de nuestra esperanza. Entre el “ya y el todavía no”, que inspira toda la escatología cristiana, se sitúa el espacio para nuestra esperanza. Pero la resurrección de Cristo de entre los muertos es el fundamento definitivo de una esperanza que espera con dolores de parto la redención completa de este cosmos, de esta historia y de esta humanidad. “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento” (1 Pe 1, 3-5).

Pero la debilidad de la carne sigue aún minando la fe y la esperanza de los que estamos sometidos aún a la fuerza del pecado. Por eso, somos invitados permanentemente a la vigilancia, hasta que Cristo revele su gloria de forma definitiva (1 Cor 1, 7-8; 1 Tes 1, 10; Rm 8, 23; Fil 3, 20). Esta permanencia o

resistencia en la esperanza, esta confianza absoluta en la fidelidad de Dios, es obra de la gracia, más que de nuestras razones y nuestros esfuerzos. “Así, ya no os falta ningún don de gracia a los que esperáis la Revelación de nuestro Señor Jesucristo. El os fortalecerá hasta el fin para que seáis irrepreensibles en el Día de Nuestro Señor Jesucristo, pues fiel es Dios...” (1 Cor 1, 7-9).

Y es precisamente el Espíritu de Jesús, que habita en nosotros, el que sustenta y aviva esta esperanza. “Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en vosotros” (Rm 8, 11). De nuevo el Espíritu es presentado como la fuente y el impulso de nuestra esperanza. El es el que anima, alienta, sustenta a la comunidad cristiana.

El Espíritu alienta y sostiene la esperanza en toda la creación, que gime con dolores de parto hasta que se cumpla definitivamente la promesa. “Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente con dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (Rm 8, 22-23).

El Espíritu es el que nos permite resistir, pese a nuestra debilidad, firmes en la esperanza en medio de las pruebas y las dificultades de esta historia. “Porque nuestra salvación es en la esperanza; y una esperanza que se ve no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero aguardar lo que no vemos, es aguardar con paciencia” (Rm 8, 24-25). El viene en ayuda de nuestra debilidad, en la oración y en la militancia. “El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm 8, 26). Con fe firme, el Espíritu nos mantiene perseverantes en la esperanza. “Pues a nosotros nos mueve el Espíritu a aguardar por la fe los bienes esperados en la justicia” (Gál 5, 5). Con este Espíritu de la Promesa hemos sido sellados para el día de la redención (Ef 1, 13; 4, 30).

Pablo apela a una metáfora singular para definir esta misión del Espíritu, como animador y garante de nuestra esperanza. Es la metáfora de las arras, signo de un compromiso de fidelidad, pero también garantía de la misma. “Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones” (2 Cor 1, 21-22; 5, 5). En el Espíritu tenemos pues la garantía de la fidelidad de Dios a sus promesas.

Animada por esta garantía, la comunidad cristiana se une al Espíritu anhelando la consumación de la redención, y expresa su tensión hacia ese cumplimiento con una oración llena de anhelo y de esperanza. Lejos de temer el futuro, lo desea y lo pide con la fuerza de la confianza en la Promesa de Dios, que es fiel. “El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oiga, diga: “Ven”... Sí, yo vengo pronto. Amén. Ven, Señor Jesús” (Ap 22, 17-20). Es la oración final de una comunidad en medio de la prueba, pero animada por el Espíritu y llena de esperanza.

## 7.- Conclusión

La esperanza cristiana es una esperanza alentada, sostenida e impulsada por el Espíritu. Pero no es una esperanza “espiritualista”, vaciada de todas las esperanzas humanas. Es una esperanza encarnada en todas las esperanzas humanas que conducen el compromiso de los creyentes por el Reino en su Justicia. Tampoco es una esperanza intemporal, que sobrevuela los conflictos y las pruebas de la historia de la humanidad y nos aliena de nuestras responsabilidades históricas; es una esperanza histórica, activa y comprometida que nos introduce hasta el corazón de esta historia humana, y nos permite permanecer fieles y resistir a pesar de todos los signos de esclavitud y de muerte que oscurecen la promesa del triunfo final de la vida y la liberación.

El Espíritu nos permitirá juntar la esperanza cristiana y las esperanzas humanas más legítimas, la confianza en las promesas de Dios y el compromiso militante a favor de un mundo más justo, más humano y más solidario. Esta es la esperanza que se mantiene firme en medio de la prueba y del conflicto; esta es la esperanza que vence al mundo. Por eso, la esperanza impulsada por el Espíritu convierte en compromisos irrenunciables para el cristiano el compromiso por la justicia y la paz, la lucha por la liberación y los derechos humanos, la causa de los pobres, la causa de la mujer y de las minorías étnicas, la ecología. Estos son los signos del Reino que acreditan la esperanza cristiana.

Los signos del Reino tienen una fuerza especial para avivar la esperanza, porque testifican que lo que se anuncia ya está en marcha, ya está realizándose, que las promesas no son falsa ilusión. Jesús apela a sus obras y a sus signos para suscitar la fe en El y la esperanza en el cumplimiento pleno de las promesas. “Si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Mt 12, 28). “El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (Rm 15, 13).

## **PUBLICACIONES DEL ITER**

AA.VV., *Evangelizar hoy a Venezuela*, Caracas 1985, pp. 158.

AA.VV., *Experiencia religiosa en el joven venezolano*, Caracas 1985, pp. 212.

· NAVARRETE Urbano - URRUTIA Francisco Javier, *Nuevo Derecho Canónico. Presentación y Comentario*, Caracas 1987, pp. 320.

AA.VV., *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio. A los 20 años del Vaticano II*, Caracas 1987, pp. 446.

PASTORE Corrado, *Bibliografía teológico-pastoral de Venezuela 1965-1986*. Separata de *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio*, Caracas 1987, pp. 156.

AYESTARAN José C., *Qué es el ITER. Una reseña histórica*. Caracas 1987, pp. 48.

AA.VV., *La inculturación del evangelio*, Caracas 1988, pp. 166.

AA.VV., *Los Laicos en la Iglesia y en el Mundo*, Caracas 1989, pp. 145.

AA.VV., *Doctrina social de la Iglesia y promoción humana hoy*, Caracas 1991, pp. 184.

PERON J.P., *ITER 1979-1995. Reseña histórica y Organización Académica*, Caracas 1995, pp. 208.

### **INSTITUTO DE TEOLOGIA PARA RELIGIOSOS**

Urb. Altamira, 6ª Transv. (entre 3ª y 4ª Av.)  
Telf.: 02 - 261.85.84, Caracas 1062-A (Venezuela)